

LA GUERRA CIVIL: 1936-1939

JUAN PABLO FUSI AIZPURUA

Catedrático de Historia Contemporánea.
Universidad Complutense

EL 18 de julio de 1936, parte del Ejército español se sublevó contra la República, el régimen democrático instaurado por voluntad popular en 1931. Hasta el 1 de abril de 1939, España se vio envuelta en una larga y enconada guerra civil que, por su violencia y por sus connotaciones ideológicas y políticas, conmocionó la conciencia del mundo occidental. La derecha vio la guerra civil como una cruzada contra el comunismo; la izquierda la idealizó como la resistencia romántica del pueblo y del proletariado contra el fascismo. Manuel Azaña (1880-1940), el líder republicano, jefe del gobierno entre 1931 y 1933 y Presidente de la República desde la primavera de 1936, un intelectual angustiado por la tragedia de su país, la vio de otra forma: como una "alucinación colectiva", donde coexistieron el heroísmo y las atrocidades, la intolerancia y el fanatismo, el odio y el miedo.

La guerra civil española alcanzó dimensiones internacionales. Alemania e Italia, las potencias fascistas, apoyaron abiertamente, con armas y soldados, la sublevación militar. La URSS auxilió a la República, y un importante contingente de voluntarios en su mayoría de ideología comunista, las Brigadas Internacionales, combatió a su lado. Pero la guerra civil fue un hecho español. Azaña mismo señaló que la discordia interna de la clase media y, en general, de la burguesía española —profundamente dividida por razones religiosas y sociales— fue el origen último de la guerra.

Estaba en lo cierto. La caída de la Monarquía y la proclamación de la República en abril de 1931 no fueron solamente un cambio de régimen. La República suscitó grandes esperanzas de transformación social. La coalición republicano-socialista que, bajo el liderazgo de Azaña, gobernó entre 1931 y 1933, inició un ambicioso programa de reformas de los que, desde su perspectiva, eran los grandes problemas de España. Quiso, para ello, expropiar los latifundios y distribuir la tierra entre los campesinos; crear

un nuevo Ejército, que fuera, ante todo, profesional y neutral en política. La coalición buscó limitar la influencia de la Iglesia Católica, secularizar la vida social y promover una educación liberal y laica; y quiso, finalmente, rectificar la organización centralista del Estado y conceder la autonomía a las regiones con lenguas y culturas diferenciadas —Cataluña, País Vasco, Galicia— en las que habían surgido, desde finales del siglo XIX, importantes movimientos nacionalistas.

Los planes del gobierno polarizaron la vida política y social. Las reformas provocaron la oposición y el rechazo de la opinión católica, de la Iglesia, de los terratenientes y de muchos militares. Algunas de las iniciativas del Gobierno —como la reforma agraria— estuvieron técnicamente mal concebidas; en otros casos, como en la disolución de los jesuitas o en la prohibición de enseñanza a las órdenes religiosas, el Gobierno actuó con excesivo e innecesario sectarismo. El Gobierno se alienó, así, el apoyo de núcleos muy importantes de las clases medias urbanas y rurales. Sus medidas, por otra parte, no fueron suficientes para satisfacer a amplios sectores de las clases trabajadoras y del campesinado. Algunos no le dieron tiempo: los sindicatos anarcosindicalistas de la Confederación General del Trabajo (CNT) desencadenaron una verdadera ofensiva revolucionaria contra el Gobierno prácticamente desde el verano de 1931.

La sublevación militar

Por todo ello, el proceso político hacia la estabilidad democrática entró pronto en crisis. Las elecciones de 1933 marcaron un significativo giro hacia la derecha. Un partido católico, divorciado del espíritu de la República —la Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA)—, se convirtió en la clave del poder en los años 1934 y 1935, un "bienio negro" en el que buena parte de la legislación aprobada en 1931-33 fue rectificada en sentido conservador. Ante el temor de un fascismo a la española, el partido socialista, la principal fuerza de la izquierda, optó por la insurrección. La fracasada revolución socialista de octubre de 1934 —que provocó cientos de muertos y dejó a varios miles de personas en la cárcel— lesionó seriamente la legitimidad del régimen republicano. Por eso, cuando, en febrero de 1936, la izquierda, unida en un Frente Popular encabezado por Azaña, ganó de nuevo las elecciones, un grupo de militares derechistas fue a la conspiración y promovió el golpe de Estado que estalló de

forma general el 18 de julio de 1936 (aunque algunos oficiales se habían sublevado en el norte de África el día anterior).

Se sublevó sólo una parte del Ejército. Los militares, dirigidos por los generales Franco, Sanjurjo, Mola y Queipo de Llano, se sublevaron por varias razones: porque creían que la República era un régimen sin legitimidad política; porque entendían que la concesión de autonomía a las regiones era una amenaza a la unidad de España; porque pensaban que las huelgas y los desórdenes revelaban la falta de autoridad de la democracia; porque consideraban que la legislación republicana atacaba la esencia católica de España. Los militares rebeldes creyeron que el golpe de Estado triunfaría de forma inmediata. Se equivocaron: desencadenaron una devastadora guerra civil de tres años.

La sublevación militar triunfó sólo en una parte de España: en Galicia, en Navarra, en Alava, en la vieja Castilla, en las capitales de Aragón, en algunas ciudades de Andalucía, en las islas Canarias y Baleares (salvo Menorca) y en las colonias del norte de África. Fracasó en Madrid, en Cataluña, en Levante, en las provincias marítimas del Norte, en el centro sur del país, en gran parte de Andalucía y de Aragón. De los 31.000 oficiales que el Ejército español tenía en 1936, se sublevaron unos 14.000; unos 8.500 permanecieron leales al gobierno; el resto sufrió distinta suerte. La República contó con unos 160.000 soldados, más gran parte de la aviación y de la marina; los sublevados, que adoptaron el nombre de "nacionales", retuvieron unos 150.000 soldados, entre ellos, el cuerpo de élite del Ejército español, el Ejército de Marruecos —unos 47.000 hombres— que Franco pudo trasladar muy pronto a la península mediante un puente aéreo posible por la ayuda alemana e italiana.

El aparente equilibrio de fuerzas ocultaba, sin embargo, un hecho esencial: que la República careció inicialmente, durante varios meses, de unidad en la dirección política y militar de la guerra. Ello se debió a la naturaleza misma de la respuesta popular al golpe de Estado: la sublevación militar desencadenó un proceso revolucionario de la clase trabajadora que, bajo la dirección de los partidos obreros y de los sindicatos, rompió la estructura misma del Estado republicano. Fue eso lo que dio a la guerra civil española la significación que conmocionó la imaginación romántica de la izquierda europea, lo que hizo de aquella la épica idealizada de la resistencia popular y proletaria contra la agresión del fascismo. Desde un punto de vista militar, el resultado fue desastroso: la revolución

deshizo el Ejército republicano, sustituido por unas fuerzas irregulares y poco disciplinadas, basadas en milicias de partidos y sindicatos, mandadas por oficiales improvisados. El entusiasmo de los milicianos impidió ciertamente el triunfo de la sublevación. Pero hasta la primavera de 1937, la República no pudo disponer de un Ejército verdaderamente operativo; esa fue la primera razón de su derrota.

El avance sobre Madrid

Inicialmente, el objetivo de las tropas rebeldes era Madrid. Para finales de septiembre de 1936, las tropas del Ejército de África mandadas por Franco estaban a las puertas de la capital por el sur, tras haber avanzado más de 500 kilómetros, ocupado gran parte del sur y del oeste de España y tomado ciudades importantes como Badajoz y Toledo; las tropas de Mola habían conquistado San Sebastián y la línea de la frontera vasco-francesa, y amenazaban Madrid desde las sierras situadas al Norte de la ciudad. La guerra era todavía una guerra "menor". Era, básicamente, una guerra de columnas, en la que ambos mandos empleaban pocos efectivos. La infantería era el arma principal, y aviación, artillería y marina jugaban un papel secundario. Pero la guerra había mostrado ya uno de sus aspectos más siniestros y crueles: ambos bandos desencadenaron desde el primer momento la represión a gran escala en sus respectivas retaguardias. Los militares rebeldes fusilaron a afiliados a partidos de izquierda y sindicatos, a cientos de maestros —símbolo del laicismo republicano—, algunos intelectuales republicanos (el más conocido, García Lorca), incluso a 16 sacerdotes próximos al nacionalismo vasco; los republicanos —a veces, simples patrullas de asesinos incontrolados— ejecutaron a personas conocidas por sus opiniones conservadoras y católicas, a militantes de los partidos de la derecha, a militares sospechosos, a numerosísimos sacerdotes y religiosos (un total de 6.500 a lo largo de la guerra). Badajoz, donde los nacionales fusilaron a 2.000-4.000 personas en agosto de 1936, y las alocuciones radiofónicas del general Queipo de Llano desde Sevilla quedaron como símbolos de la violencia franquista; los asaltos a cárceles en Madrid y Bilbao, y los fusilamientos de Paracuellos del Jarama, localidad próxima a Madrid, fueron la expresión del terror republicano. En total, unas 60.000 personas serían ejecutadas en la zona de Franco —en la guerra—, y unas 30.000 como mínimo en la zona republicana.

La ofensiva sobre Madrid comenzó en octubre de 1936 y tuvo varias fases, todas ya de gran intensidad militar, pues Franco no abandonó el asalto hasta febrero de 1937, cuando sus tropas fueron contenidas en la batalla en torno al río Jarama. La resistencia de Madrid, dirigida por una Junta de Defensa presidida por el general Miaja, reforzó la leyenda del antifascismo español. Probó, además, otras dos cosas: que la República empezaba a organizar sus ejércitos y que la guerra se internacionalizaba. Lo primero fue posible a partir de la formación, a principios de septiembre, de un gobierno de coalición presidido por el socialista Francisco Largo Caballero (1869-1946), en el que los comunistas tenían dos puestos y al que, poco después, se incorporaron cuatro ministros anarquistas. En la defensa de Madrid, Miaja dispuso, además de otros efectivos, de ocho brigadas de nueva creación, dos de ellas integradas por miembros de las Brigadas Internacionales; y pudo usar también carros y aviones soviéticos. Franco empleó, a su vez, aviones y tanquetas alemanes e italianos. Los esfuerzos de Gran Bretaña y Francia por imponer la no intervención internacional en España y localizar así el conflicto habían, pues, fracasado. Alemania e Italia reconocieron a Franco en noviembre de 1936. Alemania envió ese mismo mes la Legión Cóndor, un centenar de aviones con pilotos y mandos alemanes, y unos 5.000 asesores a lo largo de los tres años de guerra. Italia mandó unos 70.000 soldados, que entraron en combate a partir de enero de 1937. La URSS puso al servicio de la República unos 2.000 asesores (instructores, aviadores, artilleros, etcétera); el total de alistados en las Brigadas Internacionales fue de unos 60.000 hombres. Franco recibió unos 1.200 aviones alemanes e italianos, y unos 350 tanques; la República, 1.300 aviones y 900 tanques, casi todos de la Unión Soviética. La guerra de columnas del verano de 1936 iba a convertirse en una guerra total entre dos ejércitos cada vez mejor equipados y más numerosos —unos 500.000 soldados por cada bando en la primavera de 1937—; la artillería y la aviación —con bombardeos sobre poblaciones civiles— cobrarían desde entonces la misma importancia que la infantería.

Los éxitos de Franco

Tras una última y también fallida ofensiva sobre Madrid en marzo de 1937, desde Guadalajara, llevada principalmente por las tropas italianas —4 divisiones, 35.000 hombres, aviones, carros de combate, etcétera—, Franco llevó

la guerra al Norte. El 31 de marzo, tras bombardeos masivos de la aviación y de la artillería, desencadenó un gran ataque sobre el País Vasco, región autónoma bajo gobierno del nacionalismo vasco. El 26 de abril, aviones alemanes destruyeron Guernica, capital espiritual de los vascos, un hecho que conmocionó a la opinión internacional; Bilbao, la principal ciudad de la región, centro de la industria siderúrgica y naval española y el primer puerto del país, se rindió el 19 de junio tras durísimos combates. Días después, Franco lograba otro gran éxito, esta vez moral y psicológico: el 1 de julio, 48 obispos hicieron público un documento en apoyo del levantamiento militar: la guerra se legitimaba, así, como una cruzada en defensa de la religión. Pese a un brillante contraataque republicano cerca de Madrid —en Brunete—, diseñado por el nuevo jefe del Estado Mayor Central republicano, general Vicente Rojo (1894-1966), Franco, que supo reaccionar a tiempo y detener la contraofensiva, se apoderó de Santander en agosto, y de Asturias en octubre, por lo que dominaba ya toda la cornisa cantábrica y los principales centros mineros y siderúrgicos del país hecho determinante para la victoria final.

Además, el 1 de octubre de 1936, la plana mayor de la sublevación había nombrado al general Franco, jefe del Gobierno y del Estado de la España nacional. Franco pensaba crear un nuevo Estado, basado, según dijera, en principios totalitarios y de autoridad, un Estado unitario y fuerte, sin autonomías regionales: una dictadura militar, sin partidos políticos e inspirada en las doctrinas de la Iglesia católica. En abril de 1937 ordenó la unificación en un movimiento o partido único de todas las fuerzas políticas que habían apoyado el levantamiento (falangistas, católicos, monárquicos, tradicionalistas). En enero de 1938, creó su primer gobierno y en abril, promulgó el Fuero del Trabajo, especie de carta fundacional del nuevo Estado, que era definido como un régimen "nacional-sindicalista", bajo doble inspiración católica y fascista.

Franco había impuesto una completa unidad de mando en su zona, factor de importancia decisiva para el resultado de la guerra. El contraste con la evolución política de la zona republicana era revelador. En Aragón, mandaba desde julio de 1936 un Consejo o gobierno anarquista. En Cataluña existía desde entonces un verdadero dualismo de poder: de una parte, la Generalitat, el gobierno autónomo regional, integrado por catalanistas de izquierda, anarquistas y comunistas; de otra, el poderoso

Comité Central de Milicias Antifascistas de Cataluña, bajo liderazgo de la CNT, la sindical anarcosindicalista que controlaba fábricas, suministros y las milicias armadas. La autoridad del Gobierno central republicano era allí inexistente. En mayo de 1937 estalló una guerra civil dentro de la guerra civil, cuando milicias de la CNT y del POUM (Partido Obrero de Unificación Marxista), un pequeño partido filotrotskista, se enfrentaron en Barcelona con las fuerzas de orden público de la Generalitat. La insurrección fue dominada, pero a un precio político y moral muy alto. Largo Caballero dimitió —no quiso ilegalizar al POUM— y fue reemplazado por un nuevo Gobierno presidido por otro socialista, el doctor Juan Negrín (1892-1952), en el que los comunistas eran ya la clave del poder, tal vez porque fueron quienes más claramente comprendieron que la lógica de la guerra exigía la total unificación política y militar de la zona republicana. La autoridad del Gobierno central fue reafirmada en Cataluña y, poco después, en Aragón. Por debajo de la visión romántica de la resistencia antifascista de la España republicana aparecía otra realidad: la progresiva penetración de los comunistas en el aparato del poder político y militar del bando republicano. Para quienes, como George Orwell, voluntario en las milicias del POUM, habían idealizado el carácter proletario de la lucha española, la revolución había sido traicionada; Orwell, como otros miembros del POUM acusados de agentes provocadores del fascismo, tuvo que huir perseguido por la policía bajo control del partido comunista.

La batalla del Ebro; la victoria final

Otra fuerte contraofensiva de sus ejércitos, desencadenada en diciembre de 1937, permitió a la República recuperar Teruel. Pero los nacionales retomaron la ciudad el 22 de febrero del año siguiente, y en marzo lanzaron una gran ofensiva por el valle del Ebro hacia el Mediterráneo, cuyas playas alcanzaron el 15 de abril, cortando en dos el territorio republicano. Franco cometió entonces el error estratégico de dirigir sus ejércitos hacia el sur, hacia Valencia, por un terreno excepcionalmente difícil —las sierras del Maestrazgo—, circunstancia que facilitó la defensa republicana. Fue una operación que pudo traerle graves complicaciones militares, a pesar de que para entonces, primavera-verano de 1938, había logrado ya la superioridad aérea y la superioridad naval sobre sus enemigos. La flota republicana se vio obligada a permanecer prácticamente refugiada en sus puertos; el

suministro de armamento y material bélico desde la URSS a la República a través del Mediterráneo quedó seriamente dañado.

Pero la República no estaba aún vencida. El gobierno del enérgico Negrín había reforzado la disciplina del Ejército Popular y reorganizado eficazmente sus efectivos militares. Rojo volvió a sorprender estratégicamente a Franco. El 25 de julio de 1938, el Ejército republicano cruzó el río Ebro por varios puntos y avanzó en profundidad amenazando con romper la línea de las tropas nacionales. Pero, otra vez, Franco supo reaccionar a tiempo, y mover sus ejércitos para detener el avance republicano. Luego, a partir del 11 de agosto, inició una agotadora guerra de desgaste contra las posiciones enemigas, mediante sucesivos ataques frontales, cuyo objetivo era la destrucción definitiva del Ejército Popular. La batalla del Ebro fue la más áspera y demoledora de la guerra: murieron unos 20.000 soldados, y las bajas totales sumaron cerca de los 60.000 hombres por cada bando. Aunque la República aún retenía Cataluña, Madrid, gran parte de la Mancha, Valencia y el sureste español, y un ejército integrado por cuatro grandes cuerpos y un total de 49 divisiones (ocho menos que Franco), la suerte de la guerra estaba decidida. La batalla del Ebro había destrozado la moral y la capacidad operativa del Ejército Popular.

El 10 de diciembre Franco inició la ofensiva sobre Cataluña, una de las más brillantes operaciones por su concepción militar que ordenó en toda la guerra. En realidad, lo que ocurrió fue el hundimiento fulminante de Cataluña, sin apenas resistencia, un hecho que indignaría al Presidente Azaña que siempre pensó que Cataluña no había contribuido suficientemente al esfuerzo militar (lo que en parte era cierto, y en parte, injusto: Barcelona, por ejemplo, sufrió unos 500 ataques aéreos a lo largo de la contienda). Barcelona cayó el 26 de enero de 1939, y las tropas de Franco llegaron días después a la frontera con Francia. 500.000 personas salieron hacia el exilio, entre ellas el propio Presidente de la República, Azaña, y el general Vicente Rojo.

Sólo Negrín y sus asesores comunistas creían posible prolongar la resistencia, lo que, dado el estado de ambos ejércitos y a la vista de la situación internacional —definida por la voluntad de las democracias occidentales de apaciguar a Hitler y Mussolini, los principales valedores de Franco—, resultaba probablemente imposible. En cualquier caso, el 4 de marzo, el teniente coronel Casado, jefe del Ejército del Centro y cabeza visible del sector abandonista y noco-

munista de la República, se sublevó contra Negrín y formó un Consejo Nacional de Defensa para negociar la paz con Franco. Madrid fue durante varios días escenario de violentos enfrentamientos entre las tropas de Casado y las tropas de Negrín, en los que murieron unas 2.000 personas. Franco, además, no quiso negociación alguna. Exigió la rendición incondicional. Sus tropas entraron en Madrid el 28 de marzo de 1939: el día 30, ocupaban Alicante, la última ciudad libre republicana en cuyo puerto, unas 15.000 personas aguardaban inútilmente poder huir por mar. El 1 de abril Franco proclamó la victoria: la guerra había terminado. Habían muerto unas 300.000 personas, de ellas, unas 140.000 en el frente y el resto, en las retaguardias de ambas zonas. Otras 300.000 marcharon al exilio, y un número similar —300.000— sufrió penas de prisión en las cárceles de Franco entre 1939 y 1945 (las cifras de ejecutados en esos años se estiman entre un mínimo de 28.000 y un máximo de 200.000). Las destrucciones de edificios, puentes, ferrocarriles, carreteras, barcos, cultivos y ganado fueron incalculables. Los años de 1939 a 1942 fueron años de hambre en España.

La República de 1931 había sido el esfuerzo más serio que se había hecho en la historia de España para modernizar el país desde una perspectiva democrática. Franco (1892-1975), un militar conservador y católico, de pequeña estatura, prudente e inexpressivo, que creía que el liberalismo y los partidos políticos habían sido la causa de los males de España, creó un régimen autoritario y de poder personal que duró hasta su muerte. Tres influencias definieron el nuevo régimen: las ideas fascistas y nacionalistas de la Falange; el pensamiento social-conservador de la Iglesia católica; y los principios de orden, unidad y autoridad de los militares. El régimen de Franco fue inicialmente un régimen totalitario, claramente alineado con la Alemania de Hitler y la Italia de Mussolini. Desde 1945 se definió como una monarquía social y católica (aunque el rey no fue restaurado). Sólo desde 1957-61, después de dos décadas de economía nacionalista que casi llevaron al país a la bancarrota, el régimen de Franco liberalizó la economía y pudo comenzar la transformación que haría de España un país urbano, industrial y moderno. Tras la muerte de Franco, el 20 de noviembre de 1975, la democracia fue restaurada: la duda de si la guerra civil de 1936-39 fue o no una tragedia innecesaria recorrerá siempre la historia de España.

BIBLIOGRAFÍA

- J. AROSTEGUI y JESUS MARTINEZ. *La Junta de Defensa de Madrid* (Madrid, Comunidad de Madrid, 1984).
- B. BOLLOTEN. *La guerra civil española* (Madrid, Alianza Editorial, 1989).
- R. CARR. *The Spanish Tragedy: The Civil War in Perspective* (London, Widenfeld & Nicholson, 1977).
- R. FRASER. *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros. Historia oral de la guerra civil española* (Barcelona, Crítica, 1979).
- G. JACKSON. *The Spanish Republic and the Civil War 1931-39* (Princeton, Princeton University Press, 1965).
- RAMÓN y JESUS MARIA SALAS LARRAZABAL. *Historia General de la Guerra de España* (Madrid, Rialp, 1986).
- H. THOMAS. *The Spanish Civil War* (New York, Harper & Row, 1977).
- M. TUNÓN DE LARA (ed.). *La Guerra Civil Española: 50 años después* (Barcelona, Labor, 1985).
- A. VIÑAS. *La Alemania nazi y el 18 de julio* (Madrid, Alianza Editorial, 1977).
- Z. ZUGAZAGOTIA. *Historia de la Guerra de España* (Buenos Aires, La Vanguardia, 1940).